

La ciencia que llene el plato

QUÉ cocinaré hoy, quizás sea la pregunta más repetida en los hogares cubanos cada día, frustrado entonces un sueño culinario por la insatisfacción de la oferta en los agromercados y placitas.

Más allá del deseo del paladar, los volúmenes necesarios para alimentarse correctamente apenas permiten el consumo de las cantidades y diversidad requeridas para mantener los niveles teóricos de nutrición, aun cuando los reportes sobre sobrecumplimientos y estudios macroeconómicos se muestran optimistas.

Algunos aún creen en lo mágico de cocinar porque siempre aparece la comida en la cazuela. Pero la verdad se esconde en fuertes erogaciones de divisas que sustituyen las insuficiencias e ineficiencias productivas de nuestra agricultura e industria alimentaria.

No es secreto que cada año crece el cheque para la importación de alimentos —ya ronda los 2 000 millones de dólares anuales—, y no hablamos de la compra de manzanas u otros productos que nuestro clima no nos permite sembrar, sino de platos obligados de nuestra mesa, como el arroz, que debemos redondear la disponibilidad nacional con el pago de unos 200 millones en el exterior.

No hay forma de eludir una ríspida verdad: ese tren de pelea no hay quien lo siga.

Las cosas se complican más ahora, apenas empiezan a notarse las duras consecuencias de una maliciosa pandemia. Esta ha provocado un disparo de los precios internacionales de los alimentos —ya con tendencia al aumento año tras año—, y coincide, vaya fatalidad, con que también han disminuido las disponibilidades en oferta.

Tal como alertaba el presidente Miguel Díaz-Canel a su equipo ministerial, mantener el ejercicio importador no solo es insostenible, sino que no hay dinero para eso, y menos teniendo otras obligaciones como mantener los estándares de salud y el pago de la deuda externa, si queremos estimular las inversiones extranjeras.

De manera que se ha impuesto la producción nacional como la prioridad de la economía doméstica. Que en función de la agricultura se pongan todos los esfuerzos del país, y que las industrias produzcan para que esta garantice lo que esa actividad exige, trátense de fertilizantes, regadíos u otros insumos.

Si desde hace años la producción de alimentos en Cuba exigía repensar sus métodos, hoy se ha convertido en una urgencia.

Cambiar la tradicional agricultura extensiva de bajo rendimiento y baja industrialización, no dependerá de más horas en el campo bajo el sol, sino de activar el intelecto nacional para convertirla, como mismo ha sido posible con la industria farmacéutica, en un rubro de autosuficiencia económica y, a la vez, exportador.

La nación, que cuenta con una espléndida red de centros de investigaciones particularmente en la esfera agropecuaria y alimentaria, genera cada año numerosas innovaciones que no encuentran lugar en el sector productivo, al menos no en todo su potencial.

Y es la ciencia, debe ser, uno de los factores protagónicos para el cambio deseado. Y así hará efectiva la fuerte inversión realizada no solo en la formación de personal y en la labor investigativa, sino también en infraestructuras tecnológicas que coadyuvan a la productividad agraria, como son los trasvases y otras obras.

Sin embargo, la refrigeración comercial, por poner un ejemplo, mantiene un alto nivel de obsolescencia tecnológica: más de 50 por ciento se encuentra en estado crítico. Los tecnólogos deben ir al rescate de estos recursos y así se sabrá realmente cuánta inversión necesitará este importante paso de la distribución de alimentos.

Cambiar las viejas estructuras demandará, además, el esfuerzo de las ciencias económicas y de dirección, para desterrar modelos anclados a otras épocas y realidades. Dos terceras partes de las tierras, digamos, están bajo el cuidado de las formas no estatales de producción. Y siendo tan importantes —aportan más de 80 por ciento de la producción de viandas, hortalizas, arroz, frijoles, leche, y tienen una participación importante en la producción de carne de cerdo—, no cuentan con la capacidad de inversión del sector estatal, incluido de capital internacional directamente. Se impone, a la vez, establecer una política de precios contemporánea y una revisión de las normas impositivas a fin de estimular la producción.

Con ciencia, pues, podremos saber qué cocinar cada día.